

Alejandra come la lluvia

Federico Navarrete
y Rocío Mireles

ilustraciones de Cecilia Varela

al sol
solito



Hoy en la tarde Alejandra
no pudo salir a jugar al jardín
porque llovió otra vez.

Se quedó viendo mucho rato
las gotas de agua que caían del cielo
y mojaban los vidrios de su ventana,
hasta que dijo, muy enojada:

—Esta lluvia es un estorbo.
No me deja salir a jugar.



Entonces Alejandra volteó a verme y señaló las nubes oscuras que cubrían el cielo mientras me preguntaba:

—¿Para qué sirve la lluvia si no me permite jugar? ¿Para qué sirve la lluvia si tapa el sol?



—La lluvia sirve para que vivan las plantas
—le contesté—. Las plantas beben el agua
que cae a la tierra y así pueden germinar
y crecer.

—¿Y para qué me sirven las plantas?
—preguntó Alejandra, todavía enojada—.
Yo no puedo jugar con las plantas.



—Las plantas nos dan de comer —le respondí—.
Comemos sus semillas y sus frutas, sus hojas
y sus tallos. Sin las plantas no podríamos vivir.

—Pero yo no como plantas —me contestó
Alejandra mientras señalaba con asco
las flores que crecían en la maceta.



—Claro que comes plantas —le respondí sonriendo—. ¿Recuerdas las tortillas que comiste hace un rato? Estaban hechas con las semillas del maíz, y el maíz es una planta. ¿Recuerdas los frijoles que cenaste anoche? También son las semillas de una planta.





Alejandra sonrió por primera vez desde que se había soltado la lluvia y me dijo:

—Entonces ya entiendo por qué tiene que llover. Para que crezcan las plantas y podamos comer tortillas y frijoles. Así nos comemos la lluvia.



Los ojos de Alejandra se iluminaron con el brillo de la curiosidad y se olvidó del aguacero, pues su mente se había puesto a volar, como cada vez que aprende algo nuevo.

—Cuéntame, ¿siempre ha sido así?
¿Siempre nos hemos comido la lluvia?



—Desde hace mucho, mucho tiempo —le respondí y le enseñé un libro—. Mira esta pintura que muestra unas mujeres preparando tortillas y tamales hace más de mil años en una ciudad llamada Teotihuacan.

Alejandra observó la pintura y se relamió los labios, pensando en las ricas tortillas que preparaban las mujeres teotihuacanas.



Alejandra sacudió la cabeza y cerró los ojos. Eran demasiados años los que habían pasado. Entonces volvió a abrir los ojos y preguntó con curiosidad:

-Y aunque vivieron hace tanto tiempo, los teotihuacanos comían lo mismo que nosotros?

-Muy parecido, si. Comían tortillas y frijoles y calabazas y chile, como hacemos hoy.

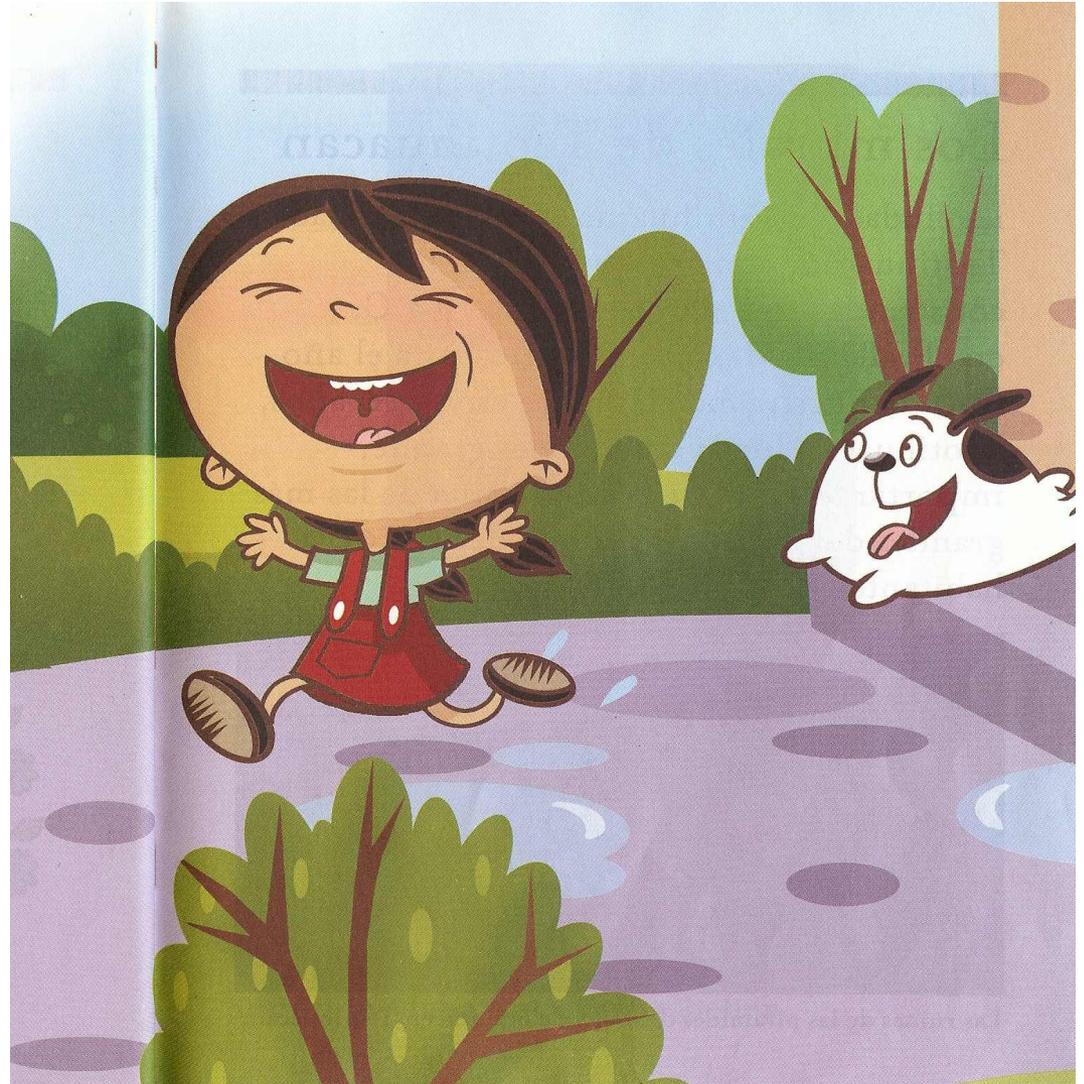


Alejandra se quedó pensativa y finalmente cerró el libro mientras decía:

-Entonces los teotihuacanos creían que llovían porque ¿el Dios Tláloc les mandaba el agua? .

En ese momento volteó a la ventana y vio que había dejado de llover. Se arrancó a correr y dijo:

-Y yo creo que gracias a la lluvia nosotros también podemos jugar como ellos jugaban.



FIN